

PATXI IRURZUN

La tristeza de las tiendas de pelucas

 PAMELA
argentina

El vértigo de Spiderman

Al Spiderman de la Avenida Constitución el traje de hombre-araña, que se ha comprado en los chinos, le tira de la sisa, se le mete por la raja del culo, le marca varias lorzras en la barriga... Es ridículo y hasta da un poco de grima, pero, a la vez, esos son sus superpoderes.

—Mira a ese gordo —se ríen los adolescentes, y le escupen o le insultan, y entonces él los persigue torpemente y simula lanzarles una tela de araña extendiendo sus dedos como pollas flácidas (los pequeños cabrones se quedan entonces flipados, desconcertados, porque al final ese friki se ha quedado con ellos, los ha neutralizado) y al ver la escena, la gente que pasa se descojona viva y le llena la gorra y así es como Spiderman puede seguir pagando la hipoteca y el coche y haciendo planes para irse en Semana Santa a Port Aventura con su mujer y sus hijos, que no tienen ni idea de que hace ya varios meses lo despidieron de la Caja.

Spiderman, de hecho, sigue levantándose cada mañana, y poniéndose el traje gris, el abrigo azul y la corbata roja —como la que llevaba el Director General el Día de la Presentación de Resultados— y cogiendo la misma línea de autobús hasta el centro, pero ahora, en lugar de dirigirse hacia su oficina, entra en los baños públicos que hay enfrente, sale vestido de hombre araña y se coloca en la puerta del edificio central de la Caja de Ahorros —la nave nodriza—.

Nadie lo ha reconocido nunca. Quizás, tan solo, su hijo, aquella tarde que la familia pasó por delante y el niño se detuvo y le miró con cara de melón, pero solo fue un momento, enseguida su madre gritó «¡Deja de mirar a ese pobre hombre!» y lo arrastró hasta un Zara que había unos metros más adelante y después, por la noche, el niño estrenó pijama, con un dibujo de Superman.

—¿Pero a ti el que te gustaba no era el hombre araña? —preguntó Spiderman entonces, algo mosqueado.

—Ya no —contestó el niño, y también se negó a darle un beso de buenas noches «porque te rasca la barba, papá», dijo.

Desde entonces Spiderman sospecha que el niño lo ha desmascarado y que se avergüenza de él, pero se consuela pensando que algún día lo comprenderá todo y estará orgulloso de su padre, será por fin su superhéroe, o si no que, al menos, sentirá el mismo vértigo que él siente ahora, cuando mira dentro de sí mismo y ve emergiendo desde lo más profundo, como una bola de fuego o un vómito, las ganas de mandar todo a tomar por culo y entrar cualquier día a la Caja con una garrafa de gasolina o una bomba, y que se jodan los alienígenas.

Los mierdas de sus excompañeros de trabajo, por cierto, tampoco lo han reconocido nunca. A Spiderman le da mucho asco verlos entrar y salir de la nave nodriza, porque ninguno de ellos movió un dedo cuando lo botaron, y porque ahora cuando pasan junto a él también lo esquivan, evitan el contacto, como si fuera un leproso —o un pobre, un parado, que es peor— y pudiera contagiarles la mala suerte. Pero a la vez, ahora que puede mirarlos desde fuera, que ha dejado de estar abducido, le alivia no ser uno de ellos, haberse desprogramado, dejar de escribir todo en mayúsculas —Obra Social, Banca Ética, Director General—, de hablar su jerga —proactivo, ok, implementar—, «Malditos marcianos», piensa, y vuelve a sentir el vértigo, porque sabe que tarde o temprano lo hará, tiene que hacerlo, entrará a la nave nodriza y hará una escabechina, quizás sus excompañeros se libren, después de todo son prescindibles, piezas de la maquinaria que no importan a nadie, sí, quizás vaya directo al despacho de algún director adjunto, o del propio director general, la abeja reina, o quizás irrumpa en algún Consejo General, y agarre por el cuello al alcalde o a la presidenta de la Comunidad, o a alguno de los traidores de los sindicatos, y se suba con él a la azotea, hay que hacerlo pronto, porque cada vez son más las naves nodrizas, cerca de la Avenida Constitución hay otras tres, el edificio de Hacienda y El Corte Inglés y las oficinas del *Diario*, sí, Spiderman sabe que

solo entonces los enemigos comprenderán que no va ser tan fácil, que un hombre puede ser muy peligroso cuando lo tratan como a una mierda o como a un loco, cuando hacen que sus propios hijos se avergüencen de él, sí, Spiderman lo sabe, el mundo libre lo necesita, y también sabe que el día que se cargue a uno de esos hijosdeputa, esa será la señal para la Revuelta, para que los hombres y mujeres de la Resistencia, por fin, dejen de ser células dormidas y se levanten contra la invasión de los putos alienígenas.

Peaje

A veces, cuando vuelvo de dejar a los niños en la escuela y luce el sol, pienso que ha habido una catástrofe nuclear, unos días, y otros que estoy en Salou o en Benidorm en un mes de temporada baja. Los bloques de apartamentos baratos, los árboles desnudos, las tiendas cerradas... Pero después, al final de ese desierto de calles peatonales, no aparece el horizonte luminoso del mar o un gran hongo naranja de humo radioactivo, sino polígonos industriales, descampados con esqueletos de nuevas VPO, el *skyline* de piedra de la vieja ciudad; la vieja ciudad, de la que nos echaron; la vieja ciudad donde quienes viven tiene apellidos viejos y largos y respetables, apellidos de toda la vida que no se mezclan con los Chumbé, Bulgakov, Benjeloun que se leen en nuestros buzones.

El barrio me recuerda a los barrios en los que crecí; barrios de descampados y toboganes oxidados, con bajeras vacías que se convertían en videoclubs que luego se convertían en peluquerías que luego se convertían en bares, eso nunca fallaba. Ahora nos mandan a las afueras de las afueras, y todo es igual que entonces, la gente abre y cierra farmacias, centros de estética, bazares chinos, y bares, también bares, eso sigue sin fallar. La única diferencia es que ahora en las azoteas de las casas en vez de tendederos hay placas solares, y a eso lo llaman progreso. Pero nosotros cada vez estamos más lejos del centro. Más lejos de todo.

A veces, cuando vuelvo de dejar a los niños en la escuela, veo a otros supervivientes por esas calles. Caminan arrimados a las paredes o tomando atajos por callejuelas. No quieren encontrarse con nadie, dar explicaciones, no quieren que nadie descubra en su aliento el herido de muerte que arrastran en su interior, el hedor adherido a sus chandals, o a su piel insomne restregada contra sábanas como sudarios. No quieren contar que les han echado del trabajo, repetir

cuándo se les acaba el paro... No quieren mentir otra vez: «No, de vez en cuando hago alguna chapucilla»... Yo los entiendo. Yo también mentí durante muchos meses, cuando tú te fuiste: «¿Mi marido? Es que trabaja fuera». No quieren sentirse todavía más insignificantes. Los entiendo. Y los evito. Porque yo ahora estoy al otro lado. Y me pregunto si alguno será uno de ellos. Me lo pregunto también, mientras esperamos a que los niños entren, cuando hablo con algún padre en el patio de la escuela, y me sonrío de un modo extraño, sucio, cómplice. Pienso si al llegar a casa abrirá un botellín de cerveza o encenderá el ordenador y se masturbará para aliviar todo el sufrimiento durante unos segundos y a continuación sentir cómo la culpabilidad hace el abismo más profundo.

A veces, cuando vuelvo de dejar a los niños en la escuela, me meto otra vez en la cama y duermo una o dos horas. Recupero poco a poco todas las que he perdido en el peaje de mi anterior vida. Cuando tenía que levantarme de madrugada y conducir cincuenta kilómetros hasta la cabina de la autopista, entrar en ella y protegerme del relente de las noches con el abrigo que había tejido en el aire helado mi compañero del anterior turno. Con su respiración y el humo de sus cigarrillos y la incandescencia de los pensamientos de una cabeza sola en mitad de la nada y de la oscuridad. Veinte años desperdiciados, viendo cómo todos se dirigían hacía algún lugar y yo me quedaba allá, encerrada. Veinte años manoseando constantemente dinero, para llevarme al final de mes solo un puñado de monedas.

Pero ahora todo eso se ha acabado. Todo va a cambiar. Las cosas van bien. Quizás pronto me pueda largar de este barrio. No pido mucho, solo que haya cerca un centro de salud, o que el colegio no sea un prefabricado. Vivir tranquilos. Poder irme con los niños de vacaciones a Benidorm y Salou en temporada alta. Me lo repito cada vez que, después de tomarme un café, o levantarme por segunda vez de la cama, pongo en marcha el portátil. Sé que al otro lado están todos ellos: los habitantes de la vieja ciudad, con sus apellidos largos y respetables de toda la vida; los supervivientes de las catástrofes

nucleares de cada día, los que habitan más muertos que vivos las ruinas en las afueras de las afueras; y tú, sé que tú también estás ahí. Lo sé, pero no pienso en todos vosotros. Solo pienso en mí, y en los niños. Es eso, en lo único que pienso, cuando enciendo la webcam y empiezo, lentamente, a desnudarme.